

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

Los Doce Meses

Érase una vez una mujer que tenía dos hijas. Una era hija suya y la otra, hijastra. Quería a Holena, su propia hija, con todo su corazón. Pero ni siquiera soportaba ver a Marushka, la hijastra. Porque Marushka era mucho más hermosa que Holena. Marushka, la dulce niña, no sabía lo hermosa que era y por eso nunca entendió por qué la madrastra fruncía el ceño cada vez que estaba con Holena.

Madre e hija obligaban a Marushka a hacer sola todas las tareas domésticas. Tenía que cocinar, lavar, coser, hilar, cultivar el huerto y cuidar de la vaca. Holena, por su parte, se pasaba todo el tiempo acicalándose y dando vueltas como una señora elegante. Marushka nunca se quejaba. Hacía todo lo que le decían y soportaba pacientemente sus quejas. A pesar de todo el trabajo duro que hacía, cada día estaba más guapa, y a pesar de su vida perezosa, Holena cada día estaba más fea. "Esto no acabará bien. Pronto vendrán los muchachos cortejando y, en cuanto vean lo guapa que es Marushka, no le harán ni caso a mi Holena. Será mejor que hagamos todo lo posible para deshacernos de Marushka cuanto antes", pensó la madrastra.

Así que ambas se pasaban el día gruñendo a Marushka y la trataban mal. La hacían trabajar más, le pegaban, no le daban de comer, hacían todo lo que se les ocurría

para hacerla fea y mala. Pero todo fue en vano.

Marushka era tan buena y amable que, a pesar del trato duro y cruel, cada día estaba más hermosa.

Un día de mediados de enero, Holena estaba perezosa y planeaba no hacer nada, pero tenía que tener un ramo de fragantes violetas para poner en su vestido.

—Marushka —ordenó bruscamente—, quiero violetas. Ve al bosque y tráeme algunas.

—Santo cielo, querida hermana —gritó la pobre Marushka—, ¿en qué estás pensando? ¿Quién ha oído hablar de violetas que crecen bajo la nieve de enero?

—¡Qué perezosa eres! ¡Y te atreves a discutir conmigo!

Ve ahora y, ¡si no vuelves con violetas, morirás! —gritó

Holena. Y así, Holena y Marushka se turnaron para gritarse. La madrastra intervino y se puso de parte de Holena. Agarró a Marushka bruscamente por el hombro, la empujó fuera de la casa y cerró la puerta de un portazo.

La pobre muchacha subió la ladera de la montaña lentamente, llorando amargamente. Por todas partes había una gruesa capa de nieve sin rastro de humano o animal en ninguna dirección. Marushka seguía caminando, débil por el hambre y temblando de frío.

—Querido Dios del cielo —rezaba—, por favor, sácame de todo este sufrimiento.

De repente, vio una luz resplandeciente frente a ella.

Avanzó trabajosamente hacia ella y finalmente

descubrió que procedía de una gran hoguera que ardía

en la cima de la montaña. Alrededor del fuego había

doce piedras, una de ellas mucho más grande y alta que

las demás. Doce hombres estaban sentados en ellas. Tres de ellos eran muy viejos y tenían el pelo blanco; tres no eran tan viejos; tres eran de mediana edad; y tres eran jóvenes apuestos. No hablaban. Estaban sentados en silencio mirando el fuego. Eran los Doce Meses.



Marushka dudó antes de entrar. Luego se adelantó y dijo cortésmente:

—Señores, ¿puedo calentarme junto a su fuego? Estoy temblando de frío.

El Gran Enero asintió con la cabeza, y Marushka se acercó a las llamas con sus dedos rígidos y fríos.

—Este no es lugar para ti, hija mía —dijo el Gran Enero—. ¿Por qué estás aquí?

—Estoy buscando violetas —respondió Marushka.

—¿Violetas? Cuando hay nieve en el suelo, ¡no es momento de buscar violetas!

—Lo sé, señor, pero mi hermana Holena dice que debo llevarle violetas del bosque o me matará; y mi madre también lo dice. Por favor, señor, ¿no puede decirme dónde puedo encontrar algunas?

El Gran Enero se levantó lentamente y caminó hacia el Mes más joven. Le dio un largo bastón y dijo:

—Toma, Marzo, toma la silla alta.

Entonces, Marzo ocupó la silla alta y empezó a agitar el bastón por encima del fuego. El fuego se encendió e inmediatamente la nieve empezó a derretirse por todas partes. Los árboles echaron brotes, el césped volvió a ser verde, aparecieron pequeños capullos de margaritas rosas, y he aquí que ¡era primavera! Mientras Marushka observaba, empezaron a aparecer violetas entre las hojas, y pronto pareció que en el suelo se había extendido un gran campo azul de violetas.

—Bien, Marushka —gritó Marzo—, ¡ahí están tus violetas! ¡Recógelas rápido!

Marushka estaba encantada. Se agachó y recogió un gran ramo de violetas. Después dio las gracias a los Doce Meses, les deseó un buen día y se marchó a toda prisa. Imaginen la sorpresa de Holena y la madrastra cuando vieron a Marushka volviendo a casa a través de la nieve con las manos llenas de violetas. Abrieron la puerta e, inmediatamente, el aroma de las flores llenó toda la casa.

—Dime, ¿de dónde has sacado esas violetas? —preguntó Holena con rudeza.

—En lo alto de las montañas —dijo Marushka—. El suelo está cubierto de ellas.

Holena tomó las violetas y se las ató a la cintura. Estuvo oliéndolas toda la tarde e hizo que su madre también las oliera, pero nunca le dijo a Marushka: “Querida hermana, ¿te gustaría olerlas a ti también?”

Al día siguiente, cuando Holena estaba de nuevo holgazaneando en el rincón junto a la chimenea, decidió

que quería comer fresas. Así que llamó a Marushka y le dijo:

—Ven aquí, Marushka. Ve al bosque y tráeme unas fresas.

—Por el amor de Dios, querida hermana —dijo Marushka—, ¿dónde puedo encontrar fresas en esta época del año? ¿Quién ha oído hablar de fresas que crecen bajo la nieve?

—Qué perezosa eres —gritó Holena—. ¡Y te atreves a discutir conmigo! Ve ahora y, si no vuelves con fresas, morirás.

Marushka y Holena se gritaban por turnos. Una vez más,



su madrastra intervino y se puso de parte de Holena. Agarró bruscamente a Marushka del hombro, la empujó fuera de la casa y cerró la puerta de un portazo. La pobre niña subió la montaña lentamente, amargada y llorosa, con una gruesa capa de nieve por todas partes y sin rastro de ningún ser humano o animal en ninguna dirección. Marushka siguió deambulando, débil por el hambre y temblorosa por el frío. Finalmente, vio el resplandor del mismo fuego

que había visto el día anterior. Con el corazón contento, corrió hacia ella. Los Doce Meses estaban sentados alrededor del fuego, igual que antes, con el Gran Enero en la silla alta.

Marushka se inclinó y dijo cortésmente:

—Caballeros, ¿puedo calentarme en su fuego? Estoy temblando de frío.

El Gran Enero asintió y Marushka acercó sus dedos rígidos y fríos a las llamas.

—Pero, Marushka —dijo el Gran Enero—, ¿por qué estás aquí otra vez? ¿Qué buscas esta vez?

—Estoy buscando fresas —respondió Marushka.

—¿Fresas? Pero, Marushka, hija mía, estamos en invierno y las fresas no crecen en la nieve.

Marushka negó tristemente con la cabeza.

—Lo sé, señor; pero mi hermana, Holena, dice que debo traerle fresas del bosque o me matará, y mi madre también lo dice. Por favor, señor, ¿no puede decirme dónde encontrar algunas fresas?

Gran Enero se levantó lentamente y se acercó al Mes sentado frente a él. Le dio el largo bastón y dijo:

—Toma, Junio, toma la silla alta.

Así que Junio se sentó en la silla alta y empezó a agitar el bastón por encima del fuego. Las llamas se encendieron y, con el calor, la nieve se derritió en un instante. La tierra se volvió verde, los árboles se cubrieron de hojas, los pájaros empezaron a cantar, las flores florecieron y, he aquí, ¡era verano! Pronto pequeñas flores blancas cubrieron el suelo bajo las hayas. Rápidamente se convirtieron en frutos, primero verdes, luego rosas, después rojos y, con un suspiro de alegría, Marushka vio que eran fresas maduras.

—Bien, Marushka, —gritó Junio— ¡ahí están tus fresas!
¡Recógelas rápido!

Marushka recogió un delantal lleno de fresas. Después dio las gracias amablemente a los Meses, se despidió y se apresuró a volver a casa. Imaginen de nuevo la sorpresa que se llevaron Holena y la madrastra cuando vieron a Marushka atravesando la nieve con un delantal lleno de fresas. Abrieron la puerta e, inmediatamente, el olor de las fresas llenó toda la casa.

—Oye, ¿de dónde las has sacado? —preguntó Holena con rudeza.

—De lo alto de las montañas —respondió Marushka—, crecen bajo las hayas.

Holena tomó las fresas y las engulló una tras otra. Luego la madrastra comió cuanto quiso. Pero nunca se les ocurrió decir: “Toma, Marushka, cómete una también”.

Al día siguiente, como de costumbre, Holena estaba sentada en un rincón junto a la chimenea cuando se le ocurrió que quería manzanas rojas. Así que llamó a Marushka y le dijo:

—Ven aquí, Marushka, ve al bosque y tráeme manzanas rojas.

—Santo cielo, querida hermana —jadeó Marushka—, ¿dónde puedo encontrar manzanas rojas en invierno? —Marushka alargó la mano y fingió coger una manzana. —¡Qué perezosa eres! —gritó Holena—. Vete ahora, y si vuelves sin manzanas rojas, estarás muerta.

Por tercera vez, la madrastra intervino y se puso del lado de Holena. Agarró a Marushka bruscamente por el

hombro, la empujó fuera de la casa y dio un portazo. Así que la pobre niña volvió al bosque. Había una gruesa capa de nieve por todas partes, sin rastro humano o animal en ninguna dirección. Esta vez, Marushka se dirigió directamente a la cima de la montaña. Encontró a los Doce Meses aún sentados junto al fuego, con el Gran Enero todavía sobre la alta piedra.

Marushka se inclinó cortésmente y dijo:

—Queridos señores, ¿puedo calentarme junto a su fuego? Estoy temblando de frío.

Gran Enero asintió, y Marushka se acercó a las llamas con sus dedos rígidos y fríos.

—¿Por qué estás aquí otra vez, Marushka? —preguntó Gran Enero—. ¿Qué buscas ahora?

—Manzanas rojas —respondió Marushka—. Mi hermana, Holena, dice que debo traerle manzanas rojas del bosque o me matará; y mi madre también lo dice. Por favor, señor, ¿puede decirme dónde puedo encontrar algunas manzanas rojas?

Gran Enero se levantó lentamente y se dirigió a uno de los Meses más viejos. Le dio el largo bastón y dijo:

—Toma, Septiembre, toma la silla alta.

Así que septiembre ocupó la silla alta y empezó a agitar el bastón por encima del fuego. El fuego ardía y brillaba. De repente, la nieve desapareció. Los campos a su alrededor parecían marrones, amarillos y secos. Las hojas caían de los árboles una a una y una brisa fresca se extendía sobre los matorrales. No quedaban muchas flores, sólo ásteres silvestres en las laderas, y azafrán de los prados en los valles, y bajo las hayas, algunos

helechos y hiedra. Pronto, Marushka vio un manzano muy cargado de fruta madura.

—Ahí, Marushka —llamó Septiembre—, ahí están tus manzanas. Recógelas rápido.

Marushka alargó la mano y tomó dos manzanas. Luego escogió otra.

—¡Ya basta, Marushka! —gritó Septiembre—. ¡No recojas más!

Marushka obedeció inmediatamente. Después dio las gracias cortésmente a los Doce Meses, se despidió y corrió a casa. Holena y su madrastra se quedaron más sorprendidas que nunca al ver a Marushka atravesar la nieve con manzanas rojas en las manos. La hicieron pasar y le quitaron las manzanas.

—¿De dónde las has sacado? —preguntó Holena.

—De lo alto de las montañas —respondió Marushka—. Hay muchas allí arriba.

—¿Hay muchas? Y sólo has traído dos —gritó Holena enfadada—. ¿O has recogido más y te las has comido camino a casa?

—No, querida hermana —dijo Marushka—, en realidad no comí ninguna manzana. Sólo me dejaron tomar dos. Me gritaron que no recogiera más.



—¡Ojalá te hubiera matado el rayo! —gritó Holena. Al cabo de un rato, la glotona Holena dejó de regañarla para comerse una de las manzanas. Sabía tan deliciosa que declaró que nunca había probado nada tan bueno en su vida. Su madre dijo lo mismo. Cuando las dos se hubieron comido las manzanas, empezaron a desear más. —Madre —dijo Holena—, tráeme mi abrigo de piel. Voy a subir a la montaña yo sola. No tiene sentido enviar otra vez a esa hermana perezosa, porque de camino a casa volverá a comerse todas las manzanas. Si encuentro ese árbol, recogeré todas las manzanas y nadie podrá impedírmelo.

La madre rogó a Holena que no saliera con ese tiempo, pero Holena era testaruda y quiso ir. Se echó el abrigo de piel sobre los hombros, se envolvió la cabeza con una bufanda y se dirigió a la ladera de la montaña. Había una gruesa capa de nieve por todas partes sin rastro de persona o animal en ninguna dirección. Holena vagó y vagó por la nieve, decidida a encontrar aquellas hermosas manzanas. Finalmente, vio una luz a lo lejos y, cuando llegó hasta ella, descubrió que era la gran hoguera alrededor de la cual estaban sentados los Doce Meses. Al principio tuvo miedo, pero pronto se volvió audaz, se abrió paso entre el círculo de hombres y, sin pedir permiso siquiera, extendió las manos hacia el fuego. Ni siquiera tuvo la cortesía de saludar.

Gran Enero frunció el ceño.

—¿Quién eres? —preguntó con voz grave—. Y, ¿qué quieres?

Holena lo miró desafiante.

—Viejo tonto, ¿qué te importa quién soy o qué quiero!? Sacudió la cabeza con indiferencia y se adentró en el bosque. El surco en la frente del Gran Enero se hizo más profundo. Lentamente, se levantó y agitó el bastón por encima de su cabeza. El fuego se apagó. Entonces el cielo se oscureció, un viento helado sopló sobre la montaña y la nieve empezó a caer en copos tan gruesos que parecía como si alguien, en lo alto del aire, estuviera vaciando un enorme lecho de plumas. Holena no podía ver ni un paso delante de ella. Se abrió paso con dificultad. Ahora chocaba contra un árbol, luego caía en un montón de nieve. A pesar de su abrigo, sus miembros empezaron a debilitarse y a entumecerse por el frío. La nieve seguía cayendo y el viento helado continuaba soplando.

¿Se arrepintió por fin Holena de haber sido tan mala y cruel con Marushka? No, seguía sin arrepentirse. Al contrario, cuanto más fría se ponía, más amargamente pensaba de Marushka, y aún más amargamente pensaba del mismísimo buen Dios. Mientras tanto, su madre la esperaba en casa. Permaneció junto a la ventana todo el tiempo que pudo, luego abrió la puerta e intentó asomarse a la tormenta. Esperó y esperó, pero Holena no llegaba.

“Cielo santo, ¿por qué tarda tanto? ¿Quiere tanto a esas manzanas que no puede dejarlas, o qué le pasa? Creo que tengo que salir a buscarla yo misma”, pensó. La madrastra se puso el abrigo de piel, se cubrió la cabeza con un pañuelo y se puso en camino.

—¡Holena! ¡Holena! —gritó, pero nadie respondió. Subió con dificultad la ladera de la montaña. Había una gruesa capa de nieve sin rastro de persona o animal en ninguna dirección—. ¡Holena! ¡Holena! —seguía gritando, pero seguía sin haber respuesta. La nieve caía rápidamente. El viento helado seguía gimiendo.

En casa, Marushka preparó la comida y cuidó de la vaca. Pero ni Holena ni la madrastra volvieron. "¿Qué estarán haciendo todo este tiempo?", pensó Marushka. Cenó sola y luego se puso a trabajar en la hilandería. La bobina estaba llena y la luz del día se desvanecía y seguía sin haber rastro de Holena y su madre.

—¡Dios mío! ¿Qué habrá pasado? —gritó Marushka ansiosa. Se asomó a la ventana para ver si venían. Finalmente, la tormenta se había disipado. El viento había amainado. Los campos relucían blancos bajo la nieve y en lo alto del cielo brillaban las estrellas heladas. Pero no había ningún ser vivo a la vista. Marushka se arrodilló y rezó por su hermana y su madre. A la mañana siguiente, les preparó el desayuno. —Deben tener mucho frío y hambre —se dijo. Las esperó, pero no vinieron. Les cocinó, pero siguieron sin venir. De hecho, nunca volvieron, porque ambas murieron congeladas en la montaña a causa del frío.

Así que nuestra buena Marushka heredó la casita, el jardín y la vaca. Al cabo de un tiempo, se casó con un granjero. Fue un buen marido para ella y vivieron felices para siempre, juntos en la casita.